Sobrevivir a la época más oscura

Libro de Aventuras



COMIENZA

La lección de historia acaba de comenzar en el aula de realidad virtual. La profesora Ranucci invita al alumnado a ponerse las gafas de RV. «Muy bien, hoy vamos a hacer un viaje al pasado», dice. «Como sabéis, vivimos en una época marcada por el cambio climático causado por los seres humanos. Sin embargo, la historia nos habla de periodos en los que los cambios naturales del clima afectaron profundamente a la vida de las personas. Nuestro viaje al pasado nos ayudará a comprender mejor nuestro futuro.



Viajaremos al siglo VI d. C., y nuestra historia abarcará los años transcurridos entre el 536 y el 541 d. C. Viajaréis por el Imperio romano de Oriente en una época marcada por anomalías climáticas, malas cosechas, guerras, comercio y una de las pandemias más devastadoras de la historia: la peste de Justiniano. ¡Poneos las gafas y dejaos llevar por la historia!».

CONTINÚA

En el siglo VI d. C. se produjo la «Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad Tardía», que afectó al continente europeo y a las regiones vecinas. A pesar de su nombre, el fenómeno no fue similar a las verdaderas edades de hielo, pero provocó descensos significativos de la temperatura y una mayor variabilidad climática. El estudio de esta edad de hielo y de otras que le siguieron (entre los siglos XVI y XIX) permite ahora a los científicos comprender mejor cómo funciona nuestro planeta, pero, sobre todo, determinar en qué medida y de qué manera las actividades humanas contribuyen al calentamiento global actual, con el fin de desarrollar estrategias de mitigación cada vez más eficaces.

El alumnado sonríe con diversión, algunos con cierta nerviosismo; las gafas se iluminan y el aula se desvanece lentamente, al igual que las voces de sus colegas de clase, en un silencio surrealista y expectante. Sus identidades se disuelven y cada cual se ve arrastrado a otra época y a otra vida: la vida de Anastasio, un joven comerciante que vive en el puerto egipcio de Clysma.

La vida en el puerto es bulliciosa; todavía hay numerosos barcos, y de cada uno sale un barullo de voces e idiomas: griego, latín y copto...

Sin embargo, recientemente algo ha cambiado, y la vida se ha vuelto más difícil para todo el mundo.



CONTINÚA

El puerto de Clysma está situado en lo que hoy es el golfo de Suez, en el mar Rojo. Para muchos historiadores, al igual que el puerto de Pelusio - situado en el delta del Nilo y considerado el primer epicentro de la enfermedad, registrado en julio de 541-, Clysma se considera uno de los puntos de entrada de la bacteria de la peste (Yersinia pestis). La enfermedad llegó a Egipto a través de las rutas del mar Rojo, transportada por barcos mercantes que llevaban grandes cantidades de ratas portadoras de pulgas infectadas, las cuales fueron la causa misma de la propagación de la enfermedad.

En aquella época, Clysma era un importante puerto con rutas comerciales que conectaban todo el Mediterráneo, lo que facilitó la propagación de la primera gran pandemia de la historia.

En el año 542, la peste llegó a Constantinopla, donde se cobró miles de vidas, lo que provocó una grave crisis económica y socavó la expansión territorial del emperador Justiniano I.

https://www.medievalists.net/2014/03/red-sea-port-clysma-possible-gate-justinians-plague/



El cielo sobre Egipto ha perdido el intenso color lapislázuli que siempre lo ha caracterizado, adquiriendo un tono plomizo que atenúa y filtra los rayos del sol.

Anastasio camina por las calles del puerto, acompañado por su joven esposa, Teodosia. «El tiempo sigue estando muy sombrío, solo espero que no sea un mal presagio», murmura ella con preocupación.

Mirando hacia sus pies en busca de su propia sombra, Anastasio también se siente inquieto. «Este extraño frío ha ennegrecido los campos de cultivo. La cosecha de trigo de este año ha sido deficiente y nosotros, por desgracia, hemos perdido toda nuestra producción: no tenemos nada que llevar a Constantinopla», dice apretando la mano de su esposa.

CONTINÚA



Mientras caminan por las calles, se percatan de que algunos soldados romanos están cortando ramas para encender una pequeña hoguera.

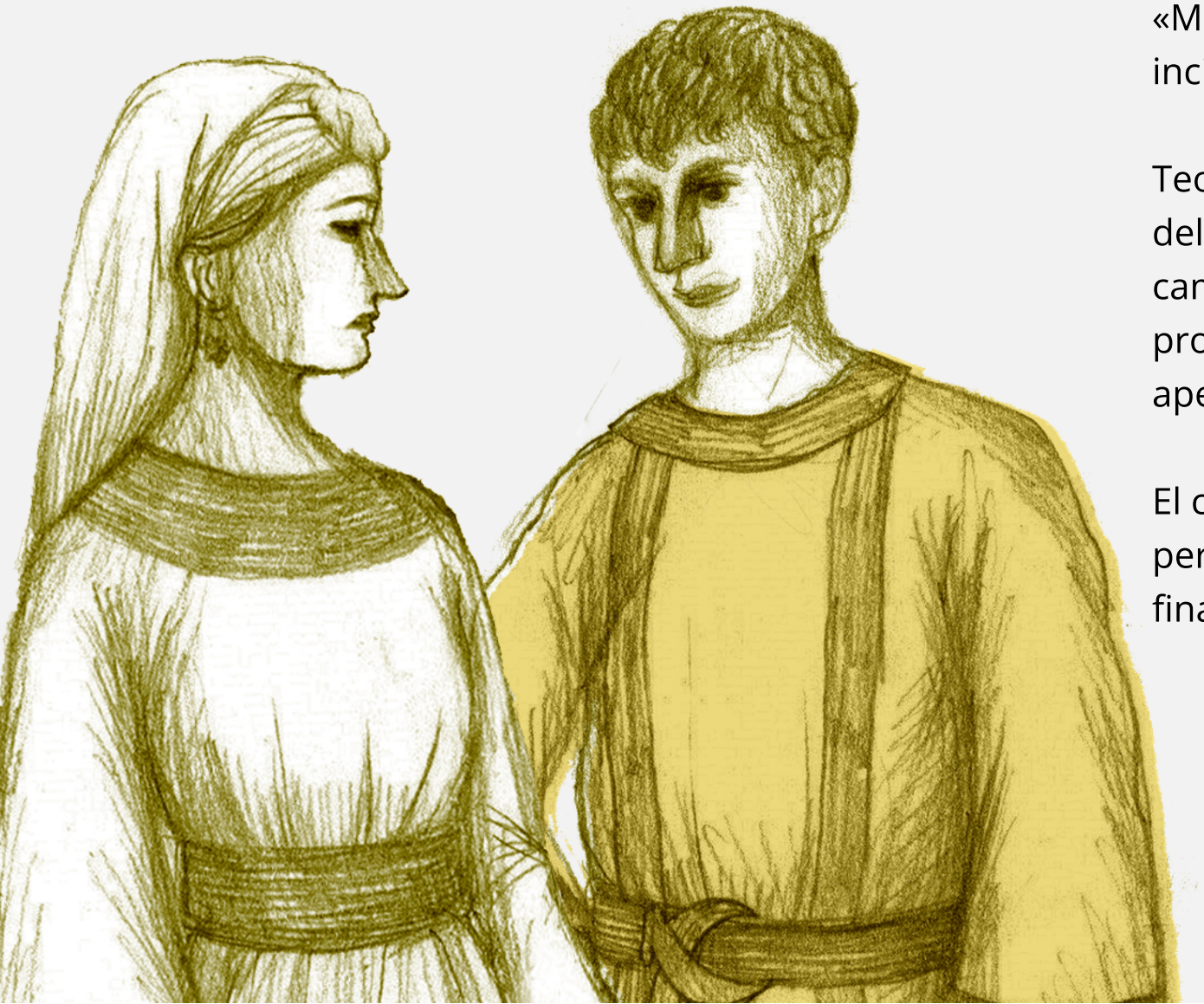
Anastasio y Teodosia se acercan a ellos, y uno de los soldados se vuelve hacia Anastasio y le dice:

«Son tiempos difíciles para todo el mundo. Si necesitas trabajo, puedes unirte a nosotros».

Asustada, Teodosia se agarra al brazo de su esposo. «Somos comerciantes. Mi marido no es soldado. Aunque la cosecha de este año ha sido mala, pongo mi confianza en Dios y...».

«Si te unes a nosotros, podrías ganar mucho dinero», insiste el soldado, ignorándola. «Estaremos por aquí si cambias de opinión. Nos vamos en unos días».

CONTINÚA

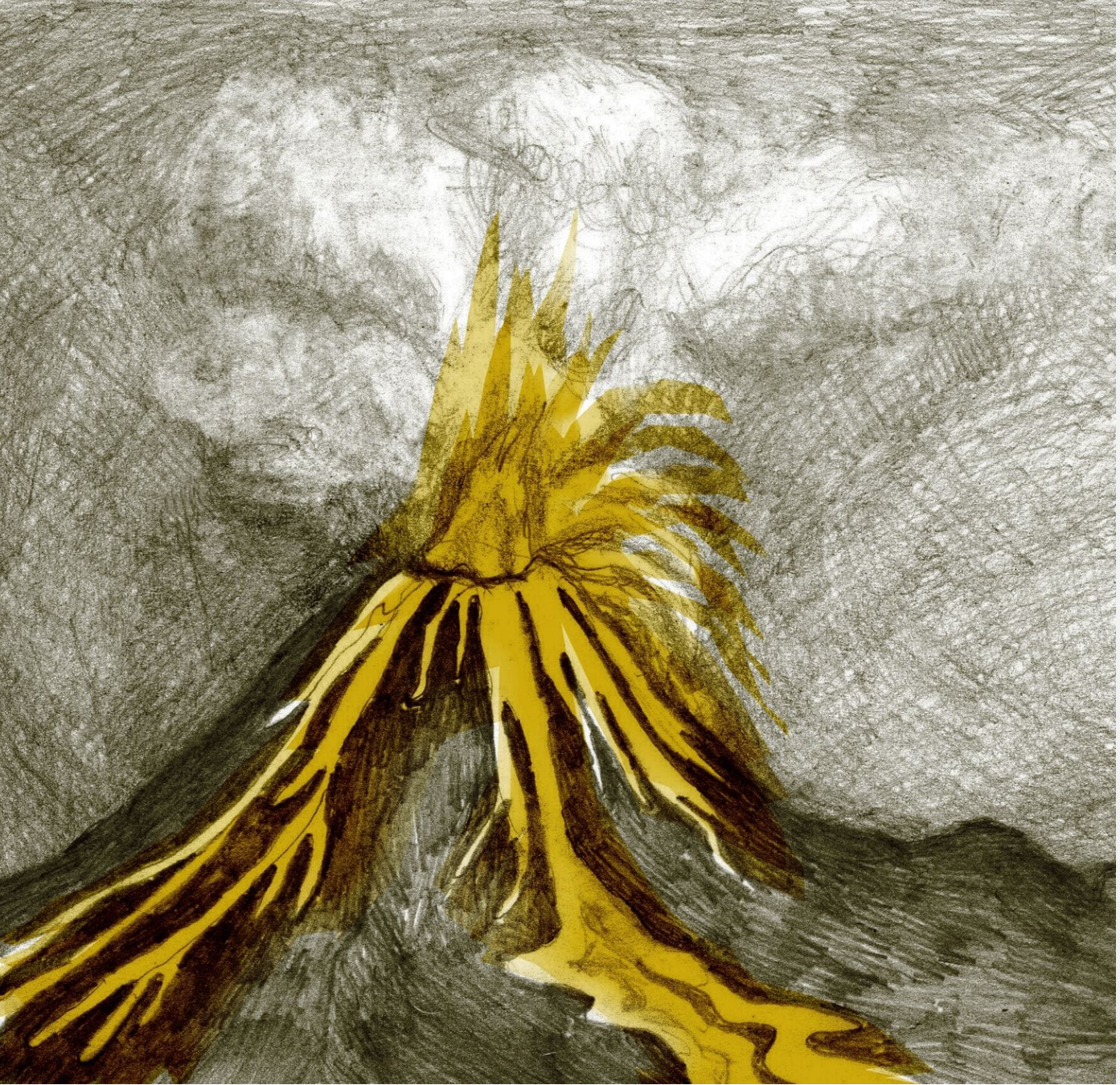


«Me lo pensaré», dice Anastasio con voz incierta.

Teodosia se aferra a él y le aleja suavemente del grupo de soldados. La pareja sigue caminando en silencio, perdiéndose en sus propios pensamientos, con el corazón apesadumbrado por la preocupación.

El cielo plomizo se cierne sobre sus vidas, persiguiéndoles hasta que, exhaustos, finalmente reclinan la cabeza en la cama.

CONTINÚA



Esa noche, Teodosia duerme con inquietud. Al despertar, tiene un extraño sueño que contar.

«Soñé con una gran montaña salpicada de pequeñas aldeas... Se erigía en una tierra que no reconocía. Pero en realidad no era una montaña en absoluto, ¡era un volcán que de repente estalló con una explosión descomunal y una furia terrible! Arrojó enormes columnas de fuego, y una gigantesca nube de ceniza y llamas se extendió y oscureció todo el cielo... hasta llegar aquí».

CONTINÚA

Procopio de Cesarea, un historiador de la época, describe cómo, durante meses, el sol perdió su brillo habitual y se mostró pálido «como la luna». También se han encontrado pruebas de este oscurecimiento prolongado en los registros de los anillos de los árboles y en los núcleos de hielo polares. Se ha relacionado con dos grandes erupciones volcánicas: la primera en el año 536 y la segunda, aún más potente, en el 540. La ubicación exacta de los volcanes sigue siendo incierta, aunque se han identificado posibles fuentes en regiones tropicales y, en el caso de la erupción de 536, posiblemente en Islandia. Los sulfatos y las partículas volcánicas liberadas a la atmósfera redujeron la cantidad de luz solar que llegaba a la superficie terrestre.

Las consecuencias fueron graves: las temperaturas estivales descendieron bruscamente, lo que contribuyó al período de enfriamiento que los estudiosos denominan la Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad Tardía.



«El día se oscureció... ¡solo la montaña de fuego continuaba ardiendo, tiñendo el cielo de rojo con ríos de lava que fluían por sus laderas!». Teodosia tiembla mientras continúa su relato, como embargada por el miedo, no por lo que ha ocurrido, sino por lo que está por venir.

«Todo era tan vívido y real. Podía ver una tormenta de fuego mortal descendiendo sobre las aldeas, extendiéndose y engulléndolo todo... ¡incluso nuestra querida Clysma!».

Anastasio la acaricia suavemente para tranquilizarla. «Solo ha sido un sueño, mi amor...».

«No lo sé... Parecía tan real. Tal vez solo sea un mal presagio. Y sin embargo, cuando pienso en lo extraño que ha estado nuestro cielo, no puedo evitar preguntarme si todo está conectado de alguna manera...», dice cerrando los ojos y apoyando la frente en el hombro de su esposo, sacudida por un último escalofrío de miedo.

CONTINÚA



Al día siguiente, mientras Anastasio camina por las calles de Clysma, ve que el joven soldado romano se le acerca.
«Soy Ernack, un comandante huno al servicio de una unidad militar romana», dice, mirando a Anastasio de arriba abajo como si evaluara su fuerza. «Estoy reclutando voluntarios en Egipto para unirse al ejército y luchar en Italia contra los godos».

«Solo soy un comerciante...», responde Anastasio, como intentando distanciarse de la idea. «¡Pero he perdido mi cosecha y estoy desesperado!».
Ernack le insiste: «Únete a nuestro ejército y ganarás el dinero que necesitas», dice, poniendo una mano sobre el hombro de Anastasio.



CONTINÚA

Investigaciones científicas recientes sugieren que los períodos prolongados de sequía podrían haber contribuido a la intensificación de las incursiones de los hunos y a la presión sobre las fronteras del Imperio Romano. Un estudio realizado por investigadores de la Universidad de Cambridge, publicado en la revista *Journal of Roman Archaeology*, relacionó los veranos calurosos y secos del siglo V con algunos de los ataques más devastadores de los hunos.

Los autores, la arqueóloga Susanne Hakenbeck y el geógrafo Ulf Büntgen, llegaron a estas conclusiones combinando pruebas históricas y arqueológicas con datos dendrocronológicos. Su análisis se basó en 27.080 mediciones con resolución anual obtenidas de 21 robles vivos y 126 robles muertos situados en zonas de lo que hoy es la República Checa y el sureste de Baviera. Los datos revelaron graves episodios de sequía en Europa Central y Oriental entre los años 430 y 450 d. C.

Si la datación histórica es correcta, algunas de las incursiones hunas más devastadoras de los años 447, 451 y 452 d. C. tuvieron lugar durante veranos extremadamente secos. Los investigadores sugieren que la escasez de agua y la reducción de la productividad agrícola y ganadera pudieron haber ejercido una presión cada vez mayor sobre las poblaciones locales y los grupos pastorales. Las incursiones en busca de alimentos, ganado, tributos o acceso a mejores pastos pudieron haber sido, por lo tanto, una de las diversas estrategias utilizadas para hacer frente a estas difíciles condiciones ambientales y económicas.

Anastasio regresa a casa lleno de dudas y le cuenta el encuentro y la propuesta. Teodosia no puede contener las lágrimas.

«¡No quiero que mueras en la batalla!», dice, intentando encontrar una alternativa que mantenga a su esposo alejado de la guerra. «Después de todo, a pesar de estos tiempos aciagos, tenemos la suerte de vivir en Clysma; aún podríamos hacer negocios, hay barcos que zarpan todos los días...». Anastasio mira a su esposa, bebiéndose sus palabras como si fueran un delicioso néctar.

«Tal vez podríamos pedir algo de dinero prestado», continúa ella, cada vez más confiada en su idea, «alquilar un barco con tripulación, comprar mercancías en el Reino de Aksum y luego revenderlas en Constantinopla. Con el dinero que ganemos, devolveremos lo prestado. Yo iré contigo», dijo, dedicando a su esposo una sonrisa de esperanza.



CONTINÚA

«Es verdad», le dice Anastasio. «Podríamos viajar hasta el Reino de Aksum... y, por muy costoso y peligroso que sea, incluso podríamos viajar a la India para comprar alimentos y especias y luego revenderlos». Teodosia sonríe; para ella, la guerra ya parece algo lejano...

Esa noche, sin embargo, Anastasio no puede dormir. Se debate entre la decisión de ir a la guerra, donde podría resultarle más fácil ganar el dinero que necesitan, o embarcarse en un viaje marítimo que entraña los mismos riesgos. Teodosia duerme a su lado, ajena a sus dudas.

«...tal vez pronto, este clima espantoso que ha arruinado las cosechas no sea más que un mal recuerdo para todo el mundo», murmura para sí mismo mientras las primeras luces del alba comienzan a despuntar.

Ya ha amanecido y Anastasio todavía no está seguro de qué camino tomar. Siente que su futuro, y el de Teodosia, se deshilacha y se desvanece en la incertidumbre, como el cielo sobre Clysma.

LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Pide dinero prestado y parte hacia tierras exóticas para comprar especias. Ve a la página 14

⇨ Decide alistarse en el ejército y se va a Italia a luchar en la guerra. Ve a la página 11

Anastasio aún recuerda la última noche antes de su partida, el calor del abrazo de su esposa y sus lágrimas, y la costa egipcia desvaneciéndose lentamente de la vista a medida que el barco se alejaba.

Italia se halla atenazada por un gélido y opresivo frío, como si la primavera se hubiera olvidado de despertar, y nadie, hasta donde alcanza la memoria, parece recordar un tiempo similar. El campamento se extiende por el campo, el humo de las hogueras se eleva hacia el cielo gris, mientras algunos reparan sus armas y otros construyen máquinas de asedio.

Los soldados han talado unos cuantos árboles para encender fuegos y calentarse, pero el frío sigue oprimiendo sus corazones. Anastasio está acostumbrado a viajar, pero no a marchar ni a empuñar armas; nunca habría podido imaginar el horror de los campos de batalla.

El ejército se dirige en línea recta hacia Roma para reclamar territorios que una vez pertenecieron al Imperio romano, ahora bajo el control de los godos.

CONTINÚA

Sentado junto a la hoguera, Anastasio está sumido en sus pensamientos, volteando una moneda de oro entre las manos e imaginándose viajando hasta Sérica para comprar telas de seda para su amada Teodosia. «He oído decir a algunos comerciantes griegos que incluso en la tierra de los seres la gente está sufriendo el mismo frío que nosotros», dice un hombre mientras se sienta a su lado. Anastasio lo mira con sorpresa.



«No puedo leer tus pensamientos, estabas hablando en voz alta...». Luego, mirándolo, el hombre añade: «Soy Procopio de Cesarea, secretario, asesor y estrecho colaborador del gran general Belisario. Acompaño al ejército y registro sus campañas». Procopio contempla el cielo. «El tiempo ha cambiado de una manera que ninguno de nosotros puede comprender».





CONTINÚA

PROCOPIO de Cesarea fue un historiador bizantino que desarrolló su actividad en el siglo VI en la corte del emperador Justiniano. Nació en Cesarea, en Palestina, y ocupó cargos de prestigio en la corte imperial de Constantinopla, donde se convirtió en secretario y asesor jurídico del general Belisario, acompañándole en sus campañas militares por las regiones orientales del imperio (África e Italia hasta aproximadamente el año 540). En el año 542 se encontraba sin duda en Constantinopla, donde fue testigo de la terrible peste que asoló la ciudad. (De bellis, II, XXII–XXIII); Procopio fue autor de una importante obra historiográfica dividida en ocho libros, entre los que se incluye el *De bellis*, terminado en el año 554, en el que relata, con gran detalle, las campañas militares libradas por el ejército bizantino contra los persas en Oriente (libros I-II), los vándalos en África (libros III-IV) y los ostrogodos en Italia (libros V-VIII), aportando información de gran valor.

https://www.livius.org/articles/person/procopius/

https://topostext.org/work/666

Anastasio escucha, pero sus pensamientos sobre Teodosia y su vida anterior le impiden responder. Procopio sonríe mientras observa al joven, cuyos ojos aún se tambalean por la batalla que acaba de terminar. «Tenemos una larga marcha por delante hacia Roma; fuera, el ejército de Vitiges le tiene puesta sitio. Pero tengo gran fe en Belisario y en su estrategia». Dice esto para animarlo, «sin embargo, no estoy seguro de que este sea el camino para ti», añade.

Anastasio lo mira con sorpresa; solo ha oído la mitad de lo que ha dicho. La idea de enfrentarse a más batallas, tal vez durante años enteros, le aterriza. La paga es buena, pero la morriña y el anhelo por Teodosia le hacen dudar.

LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Se queda en Italia y sigue con la guerra. Ve a la página 17

⇨ Encuentra la manera de escapar y regresa a Egipto. Ve a la página 25

La larga Guerra Gótica entre los bizantinos y los godos a las puertas de Roma tuvo su primera fase entre los años 536 y 538 d. C. Ambos pueblos compartían el mismo objetivo: conquistar lo que quedaba del Imperio Romano de Occidente. Belisario, un general del ejército bizantino, había partido de Constantinopla y desembarcado en Sicilia con el objetivo de llegar a Roma en el año 535 d. C.

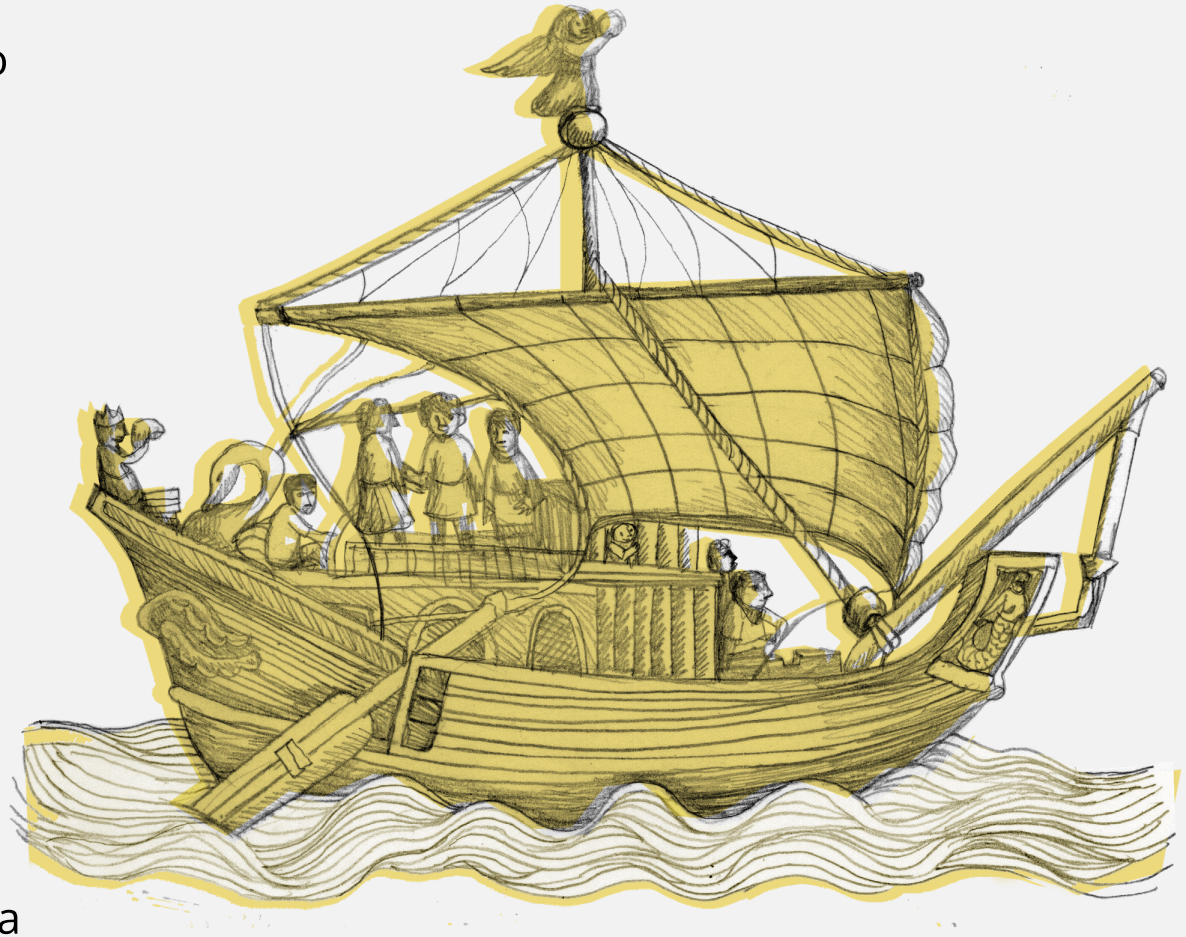
El general y sus tropas entraron en la capital por la Porta Asinara y permanecieron allí durante aproximadamente un año. En el año 537, los godos, liderados por Vitiges, establecieron siete campamentos distintos a las puertas de la ciudad, rodeando toda la mitad norte de las murallas romanas (desde la Porta San Pancrazio hasta la Porta Tiburtina) y cortando los acueductos para impedir el suministro de agua.

Belisario contaba con 5.000 hombres a su disposición, mientras que los godos sumaban más de 30.000, aunque Procopio eleva incluso la cifra a 150.000.

Con el préstamo, los dos jóvenes comerciantes lograron adquirir un barco firme, con un casco ancho y redondeado lo suficientemente grande como para dar cabida a la carga, y una tripulación competente para gobernar las velas. El barco surca las aguas tranquilas del mar Rojo, casi sin olas ni marejada, rumbo al puerto de Adulis en el Reino de Aksum. Anastasio permanece en la proa de la embarcación, desafiando la brisa marina y sintiéndose inmensamente feliz de realizar este viaje.

«Desde Adulis, una vez cargada la mercancía, podríamos navegar hasta Constantinopla, o tal vez incluso más lejos...».

El mar lame la reluciente costa, formada por rocas que parecen brillar como polvo de estrellas. A medida que se acercan, el puerto de Adulis aparece ante sus ojos, repleto de barcos procedentes de tierras lejanas.

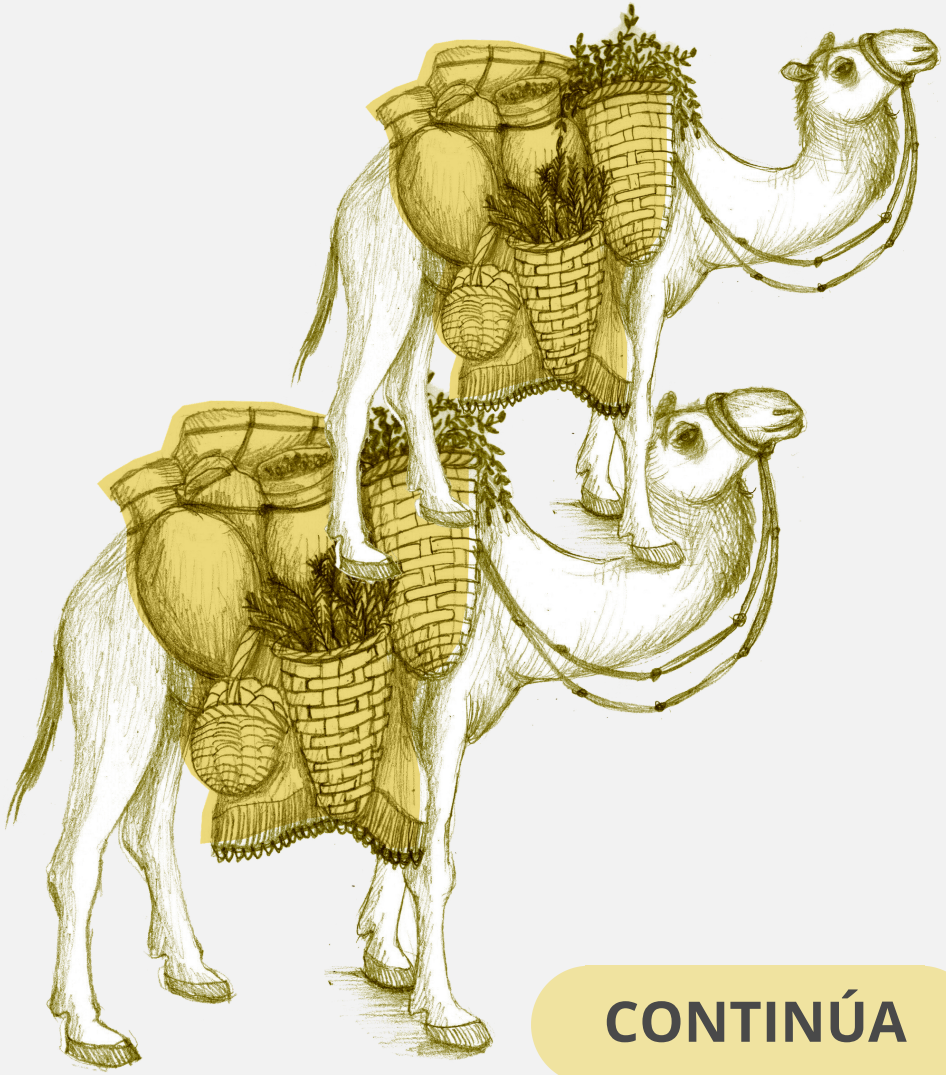


CONTINÚA

Anastasio y su esposa intercambian sonrisas. El puerto rebosa de vida: gente procedente de muy diversos lugares, esclavos, comerciantes y marineros. Tan pronto como desembarcan, se encuentran con unos viejos amigos.

«Quiero dar gracias a Dios por nuestro viaje», dice Teodosia mientras se dirige a la iglesia más cercana. Anastasio ya está negociando la compra de las primeras mercancías. Un comerciante descarga especias y mirra de sus camellos; su aroma se mezcla con el del mar, el de los animales y el de la bulliciosa vida del puerto.

A pesar de lo lejos que han viajado, el cielo plomizo y sombrío que se cernía sobre sus cabezas en Egipto parece haberles seguido hasta aquí. La lluvia ha sido escasa, pero por ahora las cosechas y las reservas de alimentos en Adulis parecen aguantar.



CONTINÚA

Mientras regatea los precios de las mercancías que van a cargar, Anastasio escucha a un monje que habla con unos hombres sentados sobre nasas junto a una barca de pesca.
«Cosmas, has viajado muy lejos. ¿Qué nos aconsejarías?».



«Tal vez os diría que os dirigierais hacia Adén, o quizás incluso más lejos, a Taprobana, la cual visité hace muchísimos años...», responde un monje cuya edad resulta difícil de adivinar.

Teodosia alcanza a oír las palabras del hombre.
«Tal vez, en lugar de detenernos, podríamos simplemente seguir navegando de puerto en puerto y ganarnos la vida comprando mercancías y revendiéndolas...», dice la mujer, contemplando la lejanía. «Me encantaría visitar tierras desconocidas, donde el cielo todavía tenga el antiguo color del lapislázuli».

LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Continúa su viaje en busca de fortuna. Ve a la página 33

⇨ Decide quedarse en el Reino de Axum. Ve a la página 22

Cosmas Indicopleustes fue un comerciante egipcio (probablemente de Alejandría). Hacia el año 522 d. C., emprendió un largo viaje que le llevó a Etiopía (África Oriental), pasando por los golfos de Arabia y de Persia, hasta las costas de la India y a Taprobane (Ceilán).

A este viaje debe su nombre, que literalmente significa «navegante indio». A su regreso a casa, se retiró del comercio; es posible que se convirtiera en monje, pero sabemos con certeza que se dedicó (entre los años 535 y 547) a escribir un texto titulado «Topografía cristiana», en el que defiende la concepción bíblica del cosmos frente a la cosmología griega.

Los relatos sobre la invencibilidad de Belisario habían disipado el miedo de Anastasio a la batalla. Ernack lo tomó bajo su protección, enseñándole el arte de la guerra practicado por los hunos y transformándolo en un jinete formidable: veloz y poderoso, diestro con el arco y las flechas.

Al llegar a Italia, el ejército de Ernack unió sus fuerzas con otro, compuesto por hombres de Samnio, Nápoles e incluso Tracia, y ahora se dirigían hacia Ostia para apoyar a Belisario, quien llevaba más de un año defendiendo Roma y a sus habitantes. Para desgastar a la población, los godos habían cortado los acueductos e intentado contaminar el río arrojando cadáveres en él.

Durante la larga marcha que los llevó a Roma, atravesaron aldeas abandonadas y campos en barbecho; en la última de ellas, antes de llegar a Roma, Anastasio saluda a un anciano sentado en los escalones de su casa. El hombre sacude la cabeza y responde a una pregunta que nadie le ha formulado; no hay ira en su voz, solo cansancio: «Ya no sabemos a qué tener miedo: si a las cosechas que no dejan de fallar... al hambre, o a los ejércitos...».
La hambruna, las penalidades y el frío parecían cobrarse su precio en Roma con la misma crudeza, en lo que era una verdadera guerra de armas y de desgaste.

CONTINÚA

La hambruna, las penalidades y el frío parecían cobrarse su precio en Roma con la misma crudeza, en lo que era una verdadera guerra de armas y de desgaste.

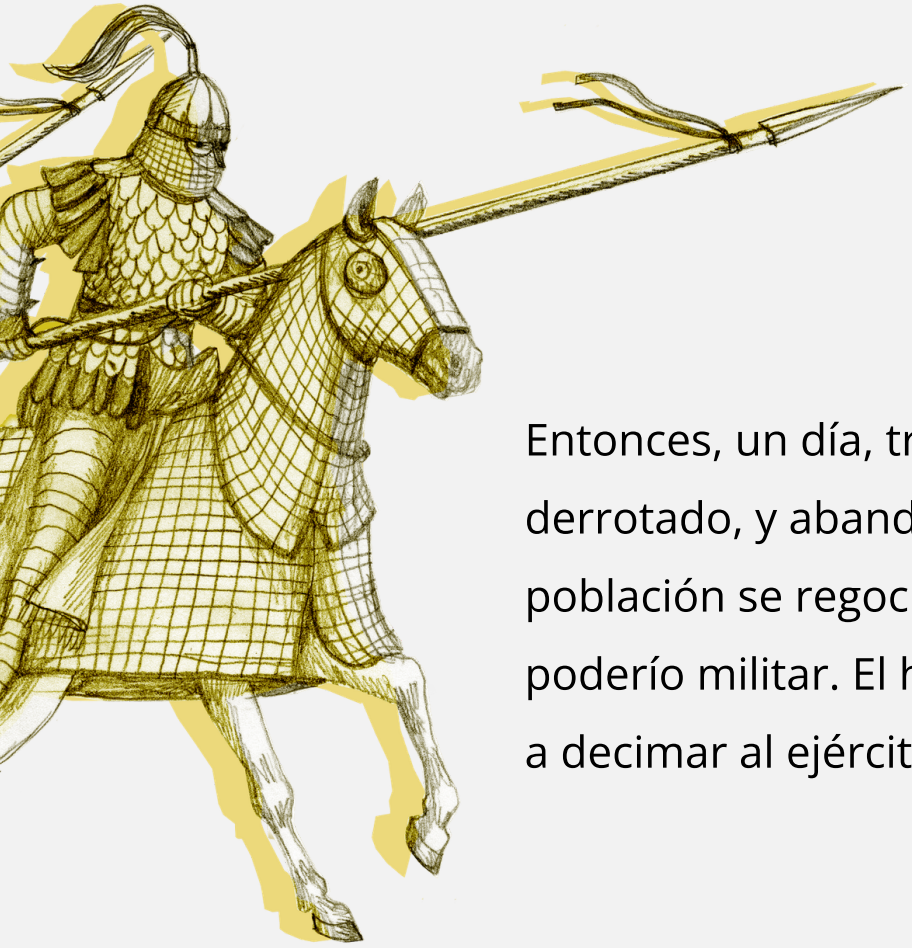
El invierno, con su manto helado, se vuelve aún más amargo bajo ese mismo cielo plomizo que se cierne sobre las batallas que se libran día tras día. Belisario y sus soldados, sin embargo, se enfrentan al enemigo, cosechando victoria tras victoria.



Los ostrogodos utilizan todas las armas a su alcance: onagros, arietes, formaciones en tortuga, ballestas, torres de madera y haces de leña para rellenar los fosos, y arrojan piedras contra las murallas, pero el ejército bizantino se mantiene firme. Entonces llega el momento en que hacen su movimiento: los catafractos (caballos y jinetes completamente cubiertos por armaduras de placas de hierro), como una sola entidad feroz que desciende sobre el ejército enemigo, irrumpen desde los baluartes sembrando el terror a su paso.

CONTINÚA

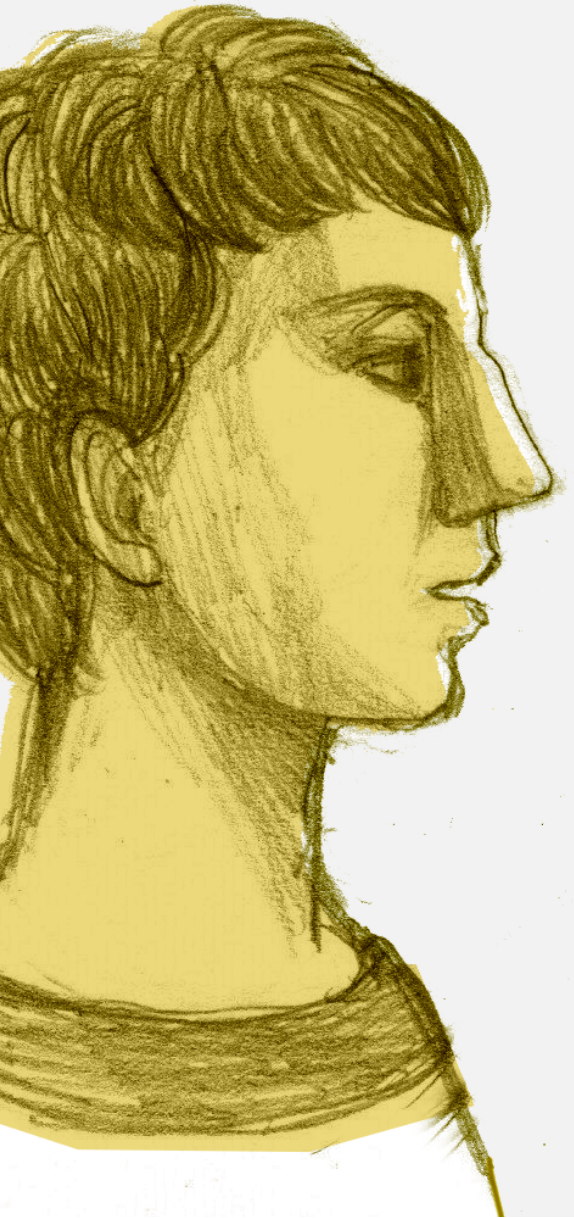
La primera oleada embiste a la caballería goda con sus largas lanzas *kontarios*, luego llegan los arqueros.



Anastasio espoleó a su caballo; no pensaba, sino que ejecutaba sus movimientos como la máquina de guerra perfecta en la que se había convertido. Cuando la oleada de jinetes se retiró, parecía como si se hubieran desvanecido en el aire, pero tras de sí dejaron un largo reguero de muertos.

Entonces, un día, tras un ataque más, el ejército de Vitiges es desbaratado y derrotado, y abandona Roma para siempre con sus tropas. Mientras la exhausta población se regocija, Anastasio sabe en su corazón que no se debe únicamente al poderío militar. El hambre, la hambruna y la peste han contribuido en igual medida a decimar al ejército enemigo.

CONTINÚA



Sin embargo, Belisario quiere perseguir a Vitiges y derrotarlo de una vez por todas.

El campamento está alborotado; los soldados se han despertado al alba para prepararse para la larga marcha.

Anastasio está cansado de esta vida; echa de menos a su esposa. Ha visto morir a demasiada gente y, ahora que la peste también se extiende por la ciudad, siente que nuevas dudas se deslizan en su mente.

Ernack asegura su arco en el caballo y mira a su amigo: «¿En qué piensas?», le pregunta.

«Solo desearía poder cerrar los ojos y volver a mi antigua vida: al mar, a Constantinopla, al comercio de grano», responde Anastasio.

CONTINÚA



«Pero eso no es todo; echo de menos a mi esposa y a Egipto. Hace siglos que no sé nada de ella», añade dejando escapar un largo suspiro.

«Belisario aún nos necesita», dice Ernack tajante mientras atiende a su caballo; como si en su vida no pudiera haber espacio para otra cosa que no fuera la guerra.

LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Se queda en Italia y persigue a los godos hasta Rávena. Ir a la página 38

⇨ Regresa a Egipto. Ir a la página 25

Anastasio y su esposa, a pesar de sus dificultades iniciales, lograron construirse una nueva vida en Adulis, donde vivieron apaciblemente. De vez en cuando, un barco que regresaba de una tierra lejana arribaba al puerto, trayendo en ocasiones noticias de guerras y hambrunas...

Han pasado cinco años y hasta la vida en Adulis se ha vuelto difícil; a medida que transcurre el tiempo, Teodosia se inquieta pensando en sus ancianos padres que viven en Pelusio, donde pasó su infancia; no pasa un solo día sin que recuerde la mansedumbre del Nilo, el susurro del papiro al viento y las iglesias y monasterios coptos reflejados en aguas rebosantes de vida.

Su anhelo de regresar se vuelve cada vez más intenso, casi como si fuera una necesidad.
Al igual que cuando soñó con la montaña de fuego, Teodosia se siente atormentada por algo que no puede explicar. Los rumores que llegan en los barcos (sobre hambrunas y enfermedades mortales) la empujan a querer volver.

Aprovechando sus contactos, Anastasio consigue un lugar en un barco y, tras vender su casa, él y su esposa se preparan para navegar mar Rojo arriba hacia Clysma.

CONTINÚA



El barco, con su carga, abandona el puerto por la mañana mientras sale el sol. Tienen por delante un largo viaje de al menos tres semanas. Anastasio contempla la ciudad que los ha visto ser felices desvanecerse en el horizonte.

Más tarde, mientras Teodosia duerme, al igual que la mayor parte de la tripulación, Anastasio contempla el cielo estrellado y el mar negro sobre el que se desliza la embarcación. En la oscuridad, no se ha percatado de la presencia de un hombre y unas cuantas ratas, que se han escurrido desde las bodegas y se mueven en silencio.

«El comercio nos brinda oportunidades», dice la voz en la penumbra, «pero los barcos también transportan pasajeros no deseados... El mar, a veces, conecta mucho más que simples ciudades».

Anastasio siente un escalofrío recorrerle la espalda; sacude la cabeza como para desterrar esas palabras de su mente.

CONTINÚA

Unos días más tarde, cuando el barco atraca en el puerto y los hombres descargan los sacos llenos de mercancías, aquellas palabras resuenan una vez más en la mente de Anastasio. Dos ratas corretean entre los pies de Teodosia, haciéndola gritar de espanto.

La ciudad le parecía transformada; la gente se miraba entre sí con recelo. «Loimos, loimos», susurraban los griegos... «La peste», decían los habitantes de Clysma, «ha alcanzado a muchas ciudades, desde Pelusio hasta Clysma...».

La terrible enfermedad está asediando vastas regiones; ha llegado por mar en barcos procedentes del reino de Aksum, embarcaciones cargadas no solo de mercancías, sino también de un contagio que se propaga con rapidez.
Octubre está a punto de terminar, pero la epidemia no ha hecho más que empezar.
Anastasio se estremece de nuevo; siente que la fiebre le aumenta. «¡Tal vez esté enfermo!», dice desesperado, mirando a Teodosia.

LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Anastasio decide ir al hospital. Ve a la página 41

⇨ Anastasio se queda en casa con su mujer. Ve a la página 29

En un caluroso octubre del año 541 (el decimocuarto año del reinado de Justiniano [527-565]), la peste llegó al puerto de Pelusio, situado en la desembocadura oriental del delta del Nilo. Las numerosas embarcaciones que navegaban entre este puerto y las aguas interiores del mar Rojo transportaban a bordo una carga diferente: la del contagio y la muerte.

Con toda probabilidad, la enfermedad procedía del reino de Axum (la actual Etiopía, según consta en los escritos del historiador bizantino Evagrio Escolástico, c. 536-594) y se propagó debido a la presencia de numerosas colonias de ratas en la ciudad y en el puerto.

Desde la ciudad de Pelusio, la peste se extendió rápidamente por todo Egipto, llegando a Siria y Palestina, hasta que, en el año 542, llegó a Constantinopla, donde, en tan solo cuatro meses, causó la muerte de casi un tercio de la población, según informa el historiador bizantino Procopio (h. 500-565), cifras que, sin embargo, siguen siendo cuestionadas hoy en día por investigadores y científicos.

Durante más de dos siglos, la pandemia siguió cobrándose víctimas y más tarde pasó a conocerse como la peste de Justiniano.



Dejar el ejército no es una decisión fácil, pero Anastasio siente que esa vida no es para él. Bien puede Ernack considerarlo un desertor, o tal vez, como los demás soldados, simplemente asienta en silencio, fingiendo no verlo mientras se aleja.

El viaje de regreso parece alargarse, como si la espera dilatara los días y las horas. A lo largo del camino lo acompañan ese mismo cielo sombrío, los campos en barbecho, la gente hambrienta y fatigada, y la misma incertidumbre. El tramo final en el mar antes de alcanzar Clysma fue el más difícil, debatido entre esperanzas y temores.

En el puerto hay menos barcos, menos embarcaciones, y los almacenes están vacíos. Anastasio se dirige a casa. Sentada en los escalones, Teodosia lo mira con incredulidad; la alegría la paraliza y espera a que él se acerque a ella. Mientras lo abraza, apenas tiene fuerzas para susurrar: «Has vuelto».

CONTINÚA

El día y la noche no parecen suficientes para relatar todo por lo que ha pasado... El horror de la guerra es demasiado grande como para verterlo en el corazón de su esposa, y Anastasio le habla de Roma, de la hambruna y del cielo, que incluso allí arriba tiene el mismo color y el mismo dolor.

Entonces Teodosia, habiendo recobrado la serenidad, le cuenta que una extraña enfermedad se ha estado extendiendo por la ciudad desde hace meses... Su descripción trae a la mente de Anastasio los numerosos muertos que ha visto en las aldeas y entre los soldados del ejército.

A veces parece como si el destino nos persiguiera, o simplemente hubiera quedado en citarse con nosotros en el mismísimo lugar donde creíamos estar a salvo. Anastasio se vio afectado por los primeros síntomas a los pocos días de su llegada; su cuerpo, atormentado por la fiebre, se cubrió de bubones, y su mente se perdió en sueños y delirios.

CONTINÚA

La peste de Justiniano, que recibe su nombre del emperador bizantino Justiniano I, comenzó en el año 541 d. C. y, según los historiadores de la época, se cobró hasta 10.000 vidas al día. La enfermedad (Yersinia pestis), que llegó a los puertos del Mediterráneo a bordo de barcos mercantes, se propagó mientras la guerra greco-gótica se libraba en Italia.

Los primeros brotes se produjeron en Egipto, por entonces territorio bizantino, desde donde la peste se extendió hacia el norte a través de barcos mercantes y caravanas, llegando a Siria, Palestina y, finalmente, a Constantinopla (541 y 542). No solo fue causa de muerte, sino también de una crisis social y económica que sumió a todo el Imperio en el caos. Las ciudades, donde la densidad de población era mayor y las condiciones más insalubres, facilitaron la propagación de la enfermedad. Aunque no hay cifras definitivas, se ha estimado que, a mediados del siglo VI, la peste se había cobrado la vida de entre 25 y 30 millones de personas. La peste desencadenó una crisis en el comercio, que se paralizó, comprometió gravemente los servicios públicos y provocó cosechas cada vez más escasas. La peste también afectó al curso de la Guerra Greco-Gótica, ralentizando las operaciones militares.

Las guerras, invasiones, hambrunas y la expansión del cristianismo habían dispersado el conocimiento médico antiguo; los saberes milenarios asociados al uso de plantas medicinales parecían haberse olvidado, haciendo que la gente confiara en su lugar en la oración y en el azar. Sin embargo, fue precisamente durante este siglo, gracias al monacato, cuando comenzó a difundirse una farmacopea empírica que recurría a los ingredientes cultivados en los huertos monásticos para elaborar remedios curativos.



Teodosia llora y reza ante los iconos, convencida de que sus plegarias pueden ayudar a la recuperación de su esposo, pero Anastasio no muestra signos de mejoría. Un día, Teodosia decide buscar ayuda en el monasterio, donde se ha instalado un centro de curación para atender por igual tanto a los pobres como a los enfermos.

El olor de los cuerpos se mezcla con el de las hierbas quemadas, en un inútil intento de purificar el aire.

CONTINÚA

La descripción de los síntomas de la enfermedad se atribuye, una vez más, a Procopio de Cesarea. Los afectados sufrían principalmente la aparición de bubones purulentos en las axilas y la ingle, pero también en el cuello. A estos les seguían fiebre, parálisis de las extremidades, alucinaciones y delirio. Otros síntomas incluían disentería, pequeñas hemorragias cutáneas y dolor articular generalizado; la tasa de mortalidad era extremadamente alta.

Los conocimientos médicos de la época no permitían comprender ni cómo se propagaba la enfermedad ni qué tratamientos podían resultar eficaces. Los únicos remedios que se empleaban se limitaban a los baños calientes, en un intento de expulsar del cuerpo de los pacientes los «humores» considerados «malos».

Teodosia suplica a los monjes que la visiten y, al día siguiente, cumpliendo su promesa, un joven monje acude a ver a Anastasio.

«He traído algunas infusiones y decocciones de hierbas», dice con rostro preocupado a pesar de su fe, «sin embargo, sería mejor que Anastasio viniera con nosotros... No podemos garantizar su recuperación, pero si se queda, podría infectarte a ti también».

Anastasio, a pesar de la fiebre, escucha las palabras del monje.



LA ELECCIÓN DE ANASTASIO

⇨ Anastasio decide ir a la residencia. Ir a la página 41

⇨ Anastasio, convencido por su mujer, se queda en casa. Ir a la página 29



Teodosia quema hierbas para ahuyentar el mal aire, tal como había visto hacer a los monjes, y prepara infusiones.

La enfermedad le ha impedido al joven tomar sus propias decisiones; se dejó convencer para quedarse, pero a medida que pasan los días, su estado empeora.

Ya no puede mover las piernas y le cuesta apretar los puños; la piel alrededor de los forúnculos, a pesar de las compresas de hierbas, se vuelve más oscura día a día.

CONTINÚA

Según Procopio, algunos médicos bizantinos intentaron comprender lo que estaba sucediendo, basándose en las enseñanzas de Hipócrates y en sus propios conocimientos: realizaron autopsias a los cadáveres y examinaron los bubones (situados en los distintos ganglios linfáticos, bajo las axilas, en el cuello y en la ingle).

Sin embargo, su lucha estaba perdida desde el principio, ya que aún no se habían descubierto los antibióticos.

Una mañana, Teodosia se despierta con fiebre, con el cuerpo tiritando de escalofríos y sintiendo como si la cabeza fuera a estallarle; se siente cansada y, al tocarse el cuello, descubre que se le ha formado un forúnculo.

Lo que el monje le había dicho se había cumplido, desdichadamente.

Teodosia llora en secreto para que su esposo no la vea; no ha tenido el valor de decirle que ella también ha enfermado; mientras sus fuerzas se lo permiten, continúa con los mismos rituales, gestos y tareas cotidianas: quema hierbas y unge su propio cuerpo y el de su esposo con aceite perfumado; arrodillada ante los iconos de Santa Anastasia de Sirmio y de la Virgen María, reza.



CONTINÚA

Sin embargo, a medida que pasan los días, sus palabras se vuelven confusas; la fiebre le dificulta recordar o pensar, mientras el miedo y el dolor que siente por Anastasio y por sí misma se le anudan en la garganta.

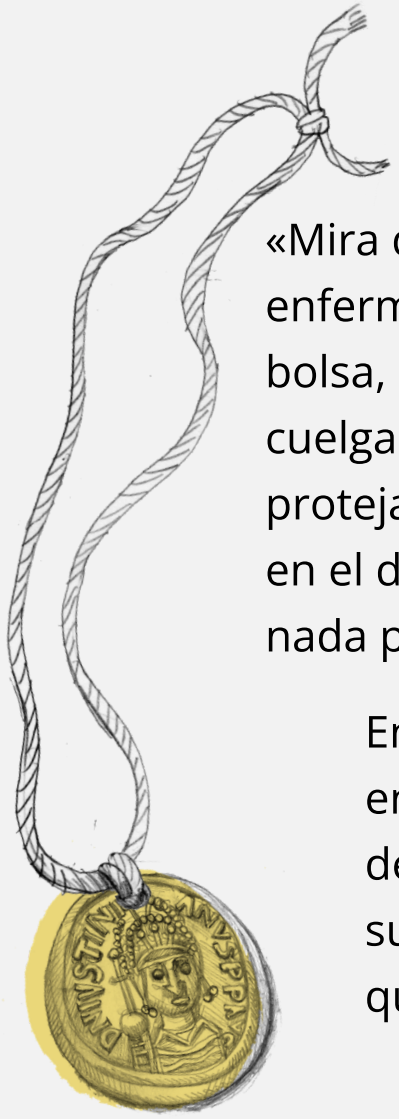
No comprende los inescrutables caminos del destino; en su delirio, intenta desandar sus elecciones, pero a veces la vida elige por sí misma.

Hay acontecimientos y situaciones que dictan su propio curso, y a veces las decisiones que tomamos, impulsadas por el miedo o quizás por el egoísmo, nos conducen por caminos de los que no hay vuelta atrás.

Teodosia creía firmemente que podría curar la peste, pero no estaba destinado a ser así.



CONTINÚA



En un raro arrebato de lucidez, Anastasio le pidió un día a su esposa que le trajera su alforja.

«Mira dentro…», le dice con el poco hilo de voz que le queda. «Hay algo que hice para ti; la enfermedad me hizo olvidar dártelo. Lo hice con mi primer sueldo…». Del fondo de su bolsa, extrae un pequeño paquete, en cuyo interior ella encuentra una moneda de oro que cuelga de un cordón. «Una muestra de mi amor, o tal vez un amuleto que espero que te proteja de esta terrible enfermedad», dice en un débil susurro antes de deslizarse de nuevo en el delirio. Teodosia se pone el collar, aun sabiendo que el amuleto ya no puede hacer nada por ella.

Entonces todo se derrumba; Anastasio yace sin vida, con el cuerpo desfigurado por la enfermedad. Teodosia siente que no tiene otra opción y se recuesta al lado del cuerpo del hombre al que ama, aferrándose a él mientras espera que la muerte la lleve ante su Dios. Acariciando con ternura el rostro de Anastasio, toma en su mano la moneda que le cuelga del cuello, cerrando los ojos por última vez en ese día.

FIN

Anastasio se acerca con gesto curioso. Cosmas observa al recién llegado. «¿Eres un viajero?», pregunta.

«Soy comerciante», dice Anastasio, «he oído que ha viajado alrededor del mundo...».

«Nada de viajar alrededor: el mundo es una mesa*», lo interrumpe Cosmas, «con su lado más largo extendiéndose de este a oeste, con masas de agua como el mar Mediterráneo, el mar Rojo que cruzaste para llegar hasta aquí... y luego el golfo Pérsico, el mar Caspio y el Océano. Si caminas hacia el oeste, encontrarás una montaña escarpada tras la cual se esconden el sol y las estrellas... una hueste de ángeles los guía hasta allí cada noche».

Anastasio lo mira con incredulidad, pero el anciano continúa su descripción imperturbable: «En los confines del mundo se alzan cuatro paredes verticales que se elevan curvándose hacia arriba para formar la bóveda del cielo, como el techo de una habitación. El cielo está dividido en dos partes por la Tierra hasta el firmamento; hay allí una especie de falso techo, y ahí es donde vivimos junto a los ángeles... abajo, en cambio, yacen los mares y los continentes...».

CONTINÚA

Existen dos manuscritos de la obra de Cosmas Indicopleustes que datan del siglo XI, ambos conservados en Italia: uno en la Biblioteca Vaticana y el otro en la Biblioteca Laurentiana de Florencia.

Los textos van acompañados de una rica y fascinante colección de ilustraciones. En la imagen de al lado, tomada del manuscrito de la *Topographia Christiana*, vemos un dibujo que representa el «tabernáculo» — es decir, la concepción que Cosmas tenía de la Tierra — inspirado en el Libro del Éxodo (25:8-9).



Al fondo se divisan dos soles, destinados a explicar las variaciones en la duración del día y la noche según las estaciones. Tal y como se describe en este relato, el Sol está acompañado de ángeles detrás de la estrecha cima de la montaña.

https://www.festivaldelmedioevo.it/cosma-indicopleuste-il-cielo-in-una-stanza/

«Increíble», murmura Anastasio asombrado, «pero Pitágoras, Aristóteles o Claudio Ptolomeo dijeron que...».

«Tonterías», responde Cosmas, «tonterías de las que yo también soy consciente, pero como buen cristiano, creo que es mi deber creer en un mundo diferente al de los paganos. La Tierra es plana».

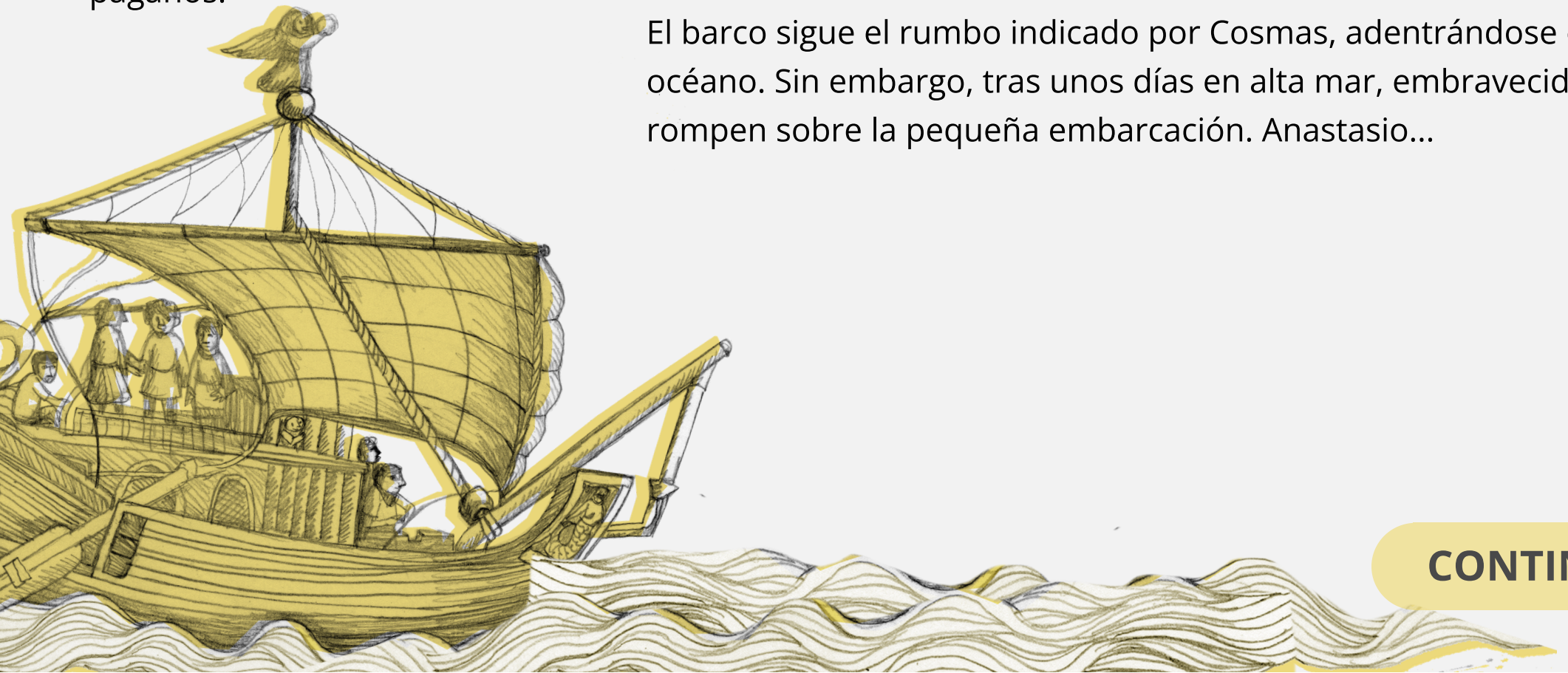
Anastasio se aleja, agradeciendo al anciano monje y sacudiendo la cabeza con duda, pero Teodosia parece fascinada por las ideas del hombre.

«Podríamos seguir su mapa para confirmar cómo el cosmos y la Tierra se corresponden con las Sagradas Escrituras... o tal vez incluso llegar a las antípodas, donde la gente vive boca abajo...».

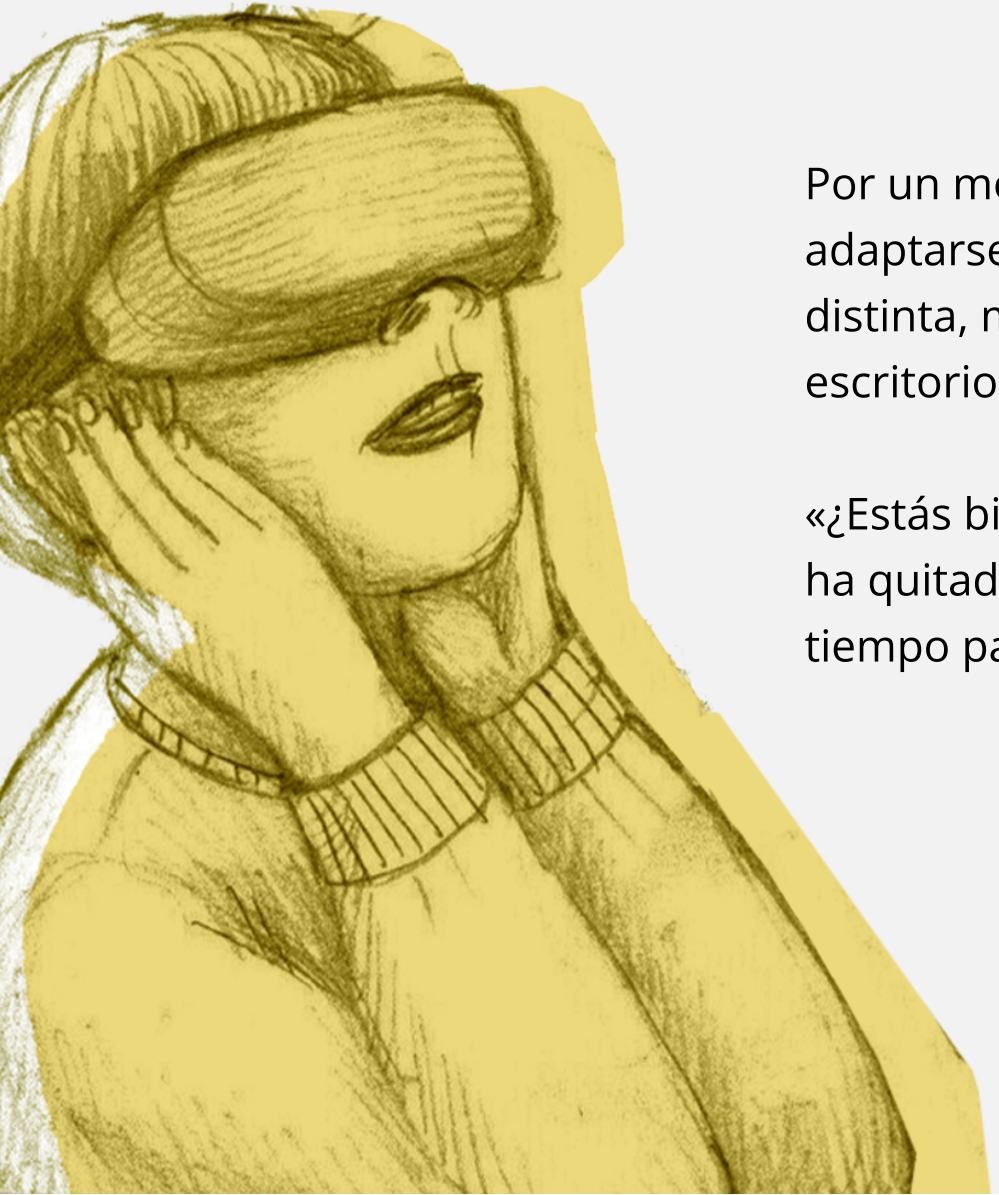
CONTINÚA

Unos días más tarde, el barco de los dos jóvenes comerciantes zarpó del puerto de Adulis, rumbo a horizontes desconocidos.
Anastasio se sentía temblar, mientras que Teodosia parecía no albergar dudas. Había repetido una y otra vez las palabras de Cosmas sobre cómo los buenos cristianos no debían creer en lo que creían los paganos.

El barco sigue el rumbo indicado por Cosmas, adentrándose en el océano. Sin embargo, tras unos días en alta mar, embravecidas olas rompen sobre la pequeña embarcación. Anastasio...



CONTINÚA



Por un momento, Roberto siente que su cuerpo flota; le cuesta adaptarse a la luz y a la realidad de la habitación, que parece distinta, más amplia. La profesora está sentada detrás de su escritorio.

«¿Estás bien?», le pregunta preocupada al ver que Roberto se ha quitado el visor demasiado rápido. «Necesitas darte un tiempo para reubicarte».

CONTINÚA

El chico respira con dificultad y gotas de sudor brillan en su frente. «Esta historia es tan extraña, hay formas de pensar y de ver las cosas que me confunden...».

«Lo entiendo», dice la profesora, «estamos hablando de un periodo histórico lejano...».

«Sí, pero creo que he captado su punto», añade él con más seguridad, «hacernos comprender que nuestras elecciones, cuando están dictadas únicamente por intereses personales, o quizás basadas en información incorrecta, no pueden llevar a nada bueno... debemos sopesar bien las cosas, evaluar los riesgos antes de elegir y, sobre todo, informarnos en las fuentes adecuadas...».

«¡Sí, Roberto, exactamente así es! Esperemos a que tus compañeros de clase terminen también su viaje y luego lo debatiremos juntos».

CONTINÚA

Anastasio montó en su caballo y partió junto a su amigo íntimo. Se había dado cuenta de que ya no había lugar para los sueños en su vida como soldado; Belisario se había impuesto a su corazón y a sus dudas. El cielo permanece sombrío, oscureciendo el sol y volviéndolo pálido, y se cierne sobre las aldeas y la ciudad, sofocando la vida cotidiana. La agricultura resulta cada vez más difícil, los suministros empiezan a escasear, mientras la peste se propaga por todas partes cobrándose víctimas; Anastasio ya no piensa en su vida anterior.

Los meses se convierten en años, Egipto queda lejos, igual que el recuerdo de Teodosia; Anastasio ha seguido a Belisario hasta Rávena, donde Witiges había encontrado refugio. Sin embargo, la era de las victorias parece haber llegado a su fin; el nuevo rey de los godos, Totila, más astuto y capaz, batalla tras batalla va reconquistando las ciudades que habían sido sometidas.

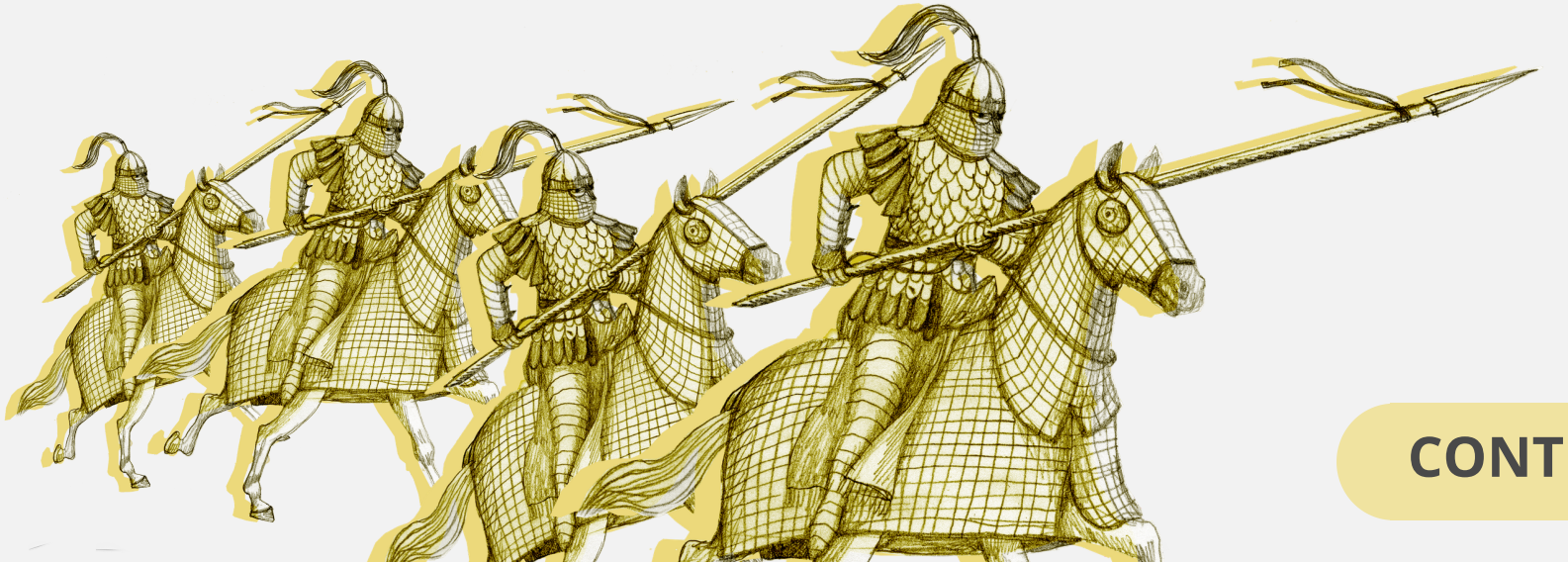


CONTINÚA

Anastasio ya no tiene dudas sobre a dónde pertenece ni qué camino tomar, y junto con Ernack parten hacia el nuevo frente: la ciudad de Cesena.

Anastasio se siente inquieto mientras cabalga y dispara flechas contra el ejército enemigo, mirando hacia atrás de vez en cuando para ver dónde está Ernack, su amigo de toda la vida. Lo busca entre la marea de cuerpos y caballos enzarzados en la batalla, pero no logra verlo; basta un instante de distracción para que una lanza lo atraviese: siente cómo penetra profundamente en su costado. El impacto es violento y lo derriba del caballo.

Anastasio yace en el suelo; siente que la vida se le escapa. Los sonidos de la batalla, los gritos y el estruendo de las espadas se desvanecen; todo queda en silencio. Contempla el cielo sobre él, un cielo sombrío que se vuelve cada vez más oscuro, como si la noche hubiera caído de repente.



CONTINÚA

La guerra sigue rugiendo, trayendo más muerte y destrucción, campos abandonados y cosechas magras que obligan a las familias a huir de sus hogares... en una cadena interminable de dolor y desdicha.

Al otro lado del mar, Teodosia ha estado esperando su regreso, librando sus propias batallas: contra el cielo que bloquea los rayos del sol, contra la escasez de alimentos y contra la peste que incluso había alcanzado a Egipto. Porque todo está conectado, y cada elección conduce a una vida, a un cambio del que a menudo no podemos dar marcha atrás.

FIN

Tras la fiebre, el cuerpo de Anastasio comenzó a brotar en bubones que se hinchaban con rapidez antes de desinflarse repentinamente. Temiendo que su esposa también pudiera enfermar, Anastasio, a pesar de las súplicas de ella, decidió una mañana abandonar el hogar e irse con los monjes.

Junto a la gran iglesia revestida de mármol precioso, donde Anastasio había entrado antaño innumerables veces para rezar, se había construido un hospicio para los pobres y forasteros, que también acogía a los enfermos.

Muchos yacen allí en agonía; algunos, como él, están cubiertos de grandes bubones que se van desinflando, mientras que otros, los más desdichados, tienen el cuerpo cubierto de hinchazones purulentas que adormecen sus extremidades, provocando la parálisis de todo el cuerpo y, poco después, la muerte.



CONTINÚA

Anastasio ve a hombres y mujeres en agonía, aturdidos y confusos como si hubieran perdido el contacto con la realidad.

Durante las largas noches que pasa en vela debido al dolor causado por sus bubones, escucha sus gritos, sus frases inconexas y sus delirios; él mismo se pierde en sus propias alucinaciones.

Los enfermos son sumergidos en agua caliente para aliviar su sufrimiento y expulsar del cuerpo los «humores» que parecen ser la causa de la enfermedad; se queman hierbas en incensarios, que sirven más para enmascarar los olores corporales que para curar.



CONTINÚA



Anastasio no sabe si se recuperará, porque no existe una cura real más allá de mantener la distancia y enterrar a los muertos en fosas comunes, o incluso en torres fortificadas...

Parece que solo el azar decide quién ha de sobrevivir y quién ha de morir.

Anastasio se encuentra entre los primeros. Aunque todavía está débil y asustado, decide quedarse a ayudar a los enfermos que llegan cada día al hospicio. Junto a otros que, como él, se han recuperado, asiste a los monjes y a los médicos que trabajan incansablemente, limpiando heridas o simplemente ofreciendo consuelo.
Pasan los meses y finalmente regresa a casa, donde Teodosia lo está esperando. El aire fresco del mar y el abrazo de su esposa alivian su cansancio.

CONTINÚA

Los muertos, al igual que los enfermos, pronto se convirtieron en un problema. Los cadáveres eran arrastrados fuera de las murallas de la ciudad y, tras ser contados, eran enterrados en fosas comunes. Algunos fueron trasladados al otro lado del Cuerno de Oro en barcos y barcazas. Aunque el Imperio logró contener inicialmente la emergencia, la situación pronto se volvió insostenible, ya que había más muertos que personas vivas capaces de ocuparse de ellos. Justiniano ordenó que los cadáveres se amontonaran donde fuera posible, no solo en fosas comunes, sino también requisando tumbas y propiedades privadas.

Juntos contemplan cómo el sol se hunde en el mar en Clysma; Anastasio siente repentinamente brotar en su interior una abrumadora sensación de serenidad y amor por la vida.

Unos pocos hombres desembarcan de un navío procedente de Constantinopla. Uno de ellos levanta un brazo a modo de saludo y se aproxima sonriendo. Anastasio aún está cansado y no logra recordar el nombre del hombre, que probablemente sea un amigo. Sin embargo, el hombre parece haberlo reconocido de inmediato, a pesar de su aspecto demacrado y de las cicatrices dejadas por los bubones.



«Soy Ernack», le dice mientras lo abraza. «Seguí tu ejemplo y abandoné la guerra. ¿Qué te ha pasado, amigo mío?».

«La peste», responde Anastasio simplemente.

CONTINÚA

«Acabo de regresar de Constantinopla, y nuestro emperador Justiniano también se ha recuperado».

Anastasio sonríe con cansancio, aún perdido en sus pensamientos y reflexiones. «... Yo, en cambio, he regresado... a la vida; temí que pudiera morir, pero sigo aquí», dice dirigiéndose a ambos, «y puedo deciros que los tiempos difíciles se superan juntos, sin que nadie se quede solo... Cuando el futuro es incierto, la valentía reside en elegir cuidar de los demás...».

La vida vuelve lentamente a la normalidad; la epidemia empieza a remitir hasta casi desaparecer. No todo vuelve a ser como antes; muchas familias lloran a sus muertos y los campos permanecen vacíos... pero la vida avanza con más fuerza, impulsada por la esperanza de nuevos conocimientos y nuevos descubrimientos.



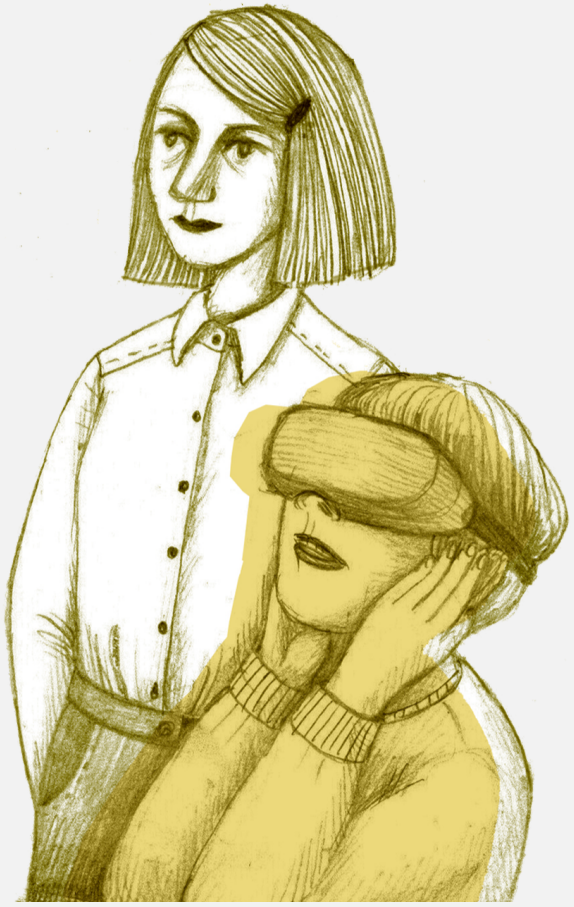
FIN

El puerto se desvanece lentamente, las voces de los dos jóvenes comerciantes se vuelven más débiles y el mar desaparece. Por un momento, el silencio regresa; luego, uno a uno, los estudiantes se van quitando los visores. Todos están de vuelta en el aula frente a su profesora, quien los recibe con una sonrisa.

«Bienvenidos de nuevo», dice, haciendo una breve pausa, «... acabáis de viajar a través de uno de los periodos más difíciles de la historia; habéis visto cómo el cambio climático, la escasez de alimentos, las guerras, el comercio y las enfermedades pueden afectar las vidas de las personas, y cómo unos acontecimientos pueden ser la causa de otros. Todos estos eventos cambiaron las vidas de millones de personas».

La profesora camina despacio entre los pupitres, mirando a los estudiantes a los ojos.

«Vivimos en una época diferente, y sin embargo hay guerras a nuestro alrededor, hemos vivido una pandemia y nuestro comportamiento está causando cambios significativos en el clima. La diferencia es esta: que nosotros lo sabemos, que tenemos el conocimiento... y la responsabilidad de lo que está sucediendo».



CONTINÚA

A continuación, se dirige a la clase: «... esta experiencia os ha mostrado el papel activo de la historia; al estudiarla y aprender de ella, podemos comprender cómo las elecciones que hacemos hoy nos ayudan a construir el mundo del mañana».

«Anastasio y Teodosia han concluido su historia y han tomado sus decisiones; ahora es vuestro turno...». Luego se corrige a sí misma: «Nos corresponde a nosotros —a todos nosotros— escribir nuestra propia historia, nuestro propio futuro, a través de las elecciones que hacemos hoy». Un murmullo recorre el aula; los alumnos se miran unos a otros.

«El futuro», continúa la profesora Ranucci, «depende de innumerables decisiones cotidianas, de cómo utilizamos los recursos a nuestra disposición y del cuidado que mostramos por el medio ambiente; de la forma en que apoyamos a los demás y respondemos ante las dificultades... Pequeños gestos, repetidos por muchas personas, pueden provocar grandes cambios.

Tengo una última pregunta para vosotros: ¿qué papel queréis desempeñar en la construcción de un futuro mejor para todos?».



FIN

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

1

2

3

4

5

Siguiente

¿Cómo podemos distinguir los cambios climáticos provocados por factores naturales de los causados por las actividades humanas?
¿Qué pruebas científicas podemos utilizar?

¿Qué situaciones o decisiones de la historia te hicieron sentir más incómodo? ¿Por qué?

¿A qué final llegaste y qué decisiones te llevaron a ese resultado?

¿Qué vínculos puedes identificar entre las crisis a las que se enfrentan los personajes y los retos del mundo actual?

¿Cómo influyó la información de que disponían los personajes en sus decisiones?
¿Cómo podemos saber si una fuente de información es fiable?

RECURSOS ADICIONALES

Siguiente

Brooks, S. T. (1 de abril de 2009). El Estado bizantino bajo Justiniano I (Justiniano el Grande). Museo Metropolitano de Arte. https://www.metmuseum.org/it/essays/the-byzantine-state-under-justinian-i-justinian-the-great

Eisenberg, M. (30 de marzo de 2020). La peste justiniana. La Edad Media para educadores, Universidad de Princeton. https://middleagesforeducators.princeton.edu/justinianic-plague

Esper, J., Torbenson, M. y Büntgen, U. (2024). El calor del verano de 2023 no tiene parangón en los últimos 2.000 años. Nature 631, 94-97 https://doi.org/10.1038/s41586-024-07512-y

Grizzle, A., Wilson, C., Tuazon, R., Cheung, C. K., Lau, J., Fischer, R., Gordon, D., Akyempong, K., Singh, J., Carr, P. R., Stewart, K., Tayie, S., Suraj, O., Jaakkola, M., Thésée, G., Gulston, C., Andzongo Menyeng, B. P., y Zibi Fama, P. A. (2021). Ciudadanos con alfabetización mediática e informacional: ¡Piensa de forma crítica, haz clic con prudencia! Plan de estudios de alfabetización mediática e informacional para educadores y alumnos. UNESCO. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000377068.locale=en

Luk, Y.-P., O'Connell, E. R. y Brunning, S. (23 de septiembre de 2024). Lejos de casa: Viajando por las Rutas de la Seda. Museo Británico. https://www.britishmuseum.org/blog/far-home-travelling-silk-roads

Procopio. (1914). La peste, 542 (trad. H. B. Dewing; texto modernizado por J. S. Arkenberg). Internet Medieval Sourcebook, Universidad de Fordham. (Obra original publicada en el siglo VI). https://sourcebooks.web.fordham.edu/source/542procopius-plague.asp

Walsh, L. (27 de febrero de 2018). Testigos silenciosos: cómo una era glacial quedó plasmada en los árboles. Universidad de Cambridge. https://www.cam.ac.uk/research/news/silent-witnesses-how-an-ice-age-was-written-in-the-trees

Organización Mundial de la Salud. (12 de octubre de 2023). Cambio climático https://www.who.int/news-room/fact-sheets/detail/climate-change-and-health

Este libro de aventuras es una creación del proyecto Erasmus+ Green Saga.

Financiado por la Unión Europea. No obstante, las opiniones o puntos de vista expresados son únicamente los de los autores y no reflejan necesariamente los de la Unión Europea ni los de la Agencia de Asuntos de Juventud. Ni la Unión Europea ni la autoridad otorgante pueden ser consideradas responsables de los mismos.

Código del proyecto: 2024-2-LT02-KA220-YOU-000293123

Cofinanciado por la Unión Europea